



anecdotalio

Taller de Escritura Creativa para
Personas Mayores “Contándonos”

Claudia Viviana Levin

DECANA

Pedro Sánchez Izqueirdo

VICEDECANO

Luciana Michlig

Secretaria de Extensión y Cultura

Proyecto Institucional *"Personas Mayores:
Derechos y Políticas para un Buen Envejecer"*.

anecdotalio

Taller de Escritura Creativa para
Personas Mayores “Contándonos”

En el marco del Proyecto Institucional
Personas Mayores Derechos y Políticas
para un Buen Envejecer.



UNL • FACULTAD
DE CIENCIAS
JURÍDICAS Y SOCIALES

Santa Fe, 2025.

Índice

Palabras de Presentación	5
Beatriz STORANI	9
Claudia BERTERO	13
Daniel FAIMAN	17
Elsa GIRALDEZ	21
Estela DONADIO	25
Graciela RAVAZZOLA	27
Lila DAVIÑA	31
María Elena KESSLER	33
Marta BERRÓN	37
Martha BOLSI	41
Miguel BARRIOS	45
Ricardo RIVERO	47
Rosa NOVILLO	49
Silvia CATORANO	51
Susana GARCÍA	53
Susana TEVES	55

Palabras de Presentación

El presente anecdotario reúne una selección de las producciones realizadas en el taller “Contándonos”, un espacio de escritura creativa para personas mayores enmarcado en las actividades del Proyecto Institucional de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales “Personas Mayores: Derechos y Políticas para un Buen Envejecer”. El mismo, tuvo lugar durante los meses de agosto a octubre (inclusive) del año 2025 en el Centro de Jubilados de la Universidad Nacional del Litoral.

Puede sorprender que, en el contexto de un Proyecto Institucional surgido esencialmente a favor de los Derechos de las personas mayores, se lleve adelante un Taller de Escritura Creativa. Sin embargo, responde al ejercicio de derechos elementales para el bienestar subjetivo tales como la recreación y la integración social. La inquietud surgió de las propias personas que, desde el 2022 –año en que entró en vigencia el Proyecto Institucional- se acercaron a participar de algunas de las instancias ofrecidas en la Facultad y manifestaron su deseo encontrar actividades donde ser protagonistas y

compartir con otros desde su capacidad creativa y acumulado de experiencias y saberes. Esa fue la motivación central del Taller.

A efectos de evaluar la repercusión que pudiera tener la propuesta, inicialmente se plantearon cuatro encuentros a propósito del Proyecto de Extensión financiado por la Secretaría de Políticas Públicas Universitarias “Derechos de las Vejece” y dirigido por la Abog. Ayelén García Gastaldo. El cupo máximo fue de quince personas con encuentros semanales de 90 minutos cada uno. La difusión se llevó a cabo en pocos días. Aun así, hubo veinte inscriptos y el promedio de presentes por encuentro, se mantuvo en doce personas. Ante la excelente receptividad y por demanda de los mismos talleristas, se decidió continuarlo por tres meses en total.

Hemos provocado a la palabra y se ha dado cita de una manera maravillosa. Entorno a ella, el grupo de personas que se convocó y persevera, ha abierto alma y manos para mostrar y mostrarse. En este recorrido, comprobamos lo importante que resulta ofrecer este tipo de espacios a quienes están ávidos de crear, de manifestarse, de “contar” sus anécdotas, recuerdos, añoranzas y hasta de inventar, por qué no, historias que broten a partir de distintos disparadores. Y, además, de hacerlo junto a otros en la misma “sintonía”, con igual disposición y entusiasmo; desde la escucha atenta y el respeto mutuo. Hacia el final del Taller, como producto e incentivo, se planteó una presentación de cierre de actividades con este breve “anecdotario” que recoge dos trabajos de cada tallerista. Agradecemos al Centro de Jubilados de la Universidad Nacional del Litoral por su generosidad al

abrirnos las puertas para realizar este trabajo y a cada una de las personas que hicieron propias el espacio: Beatriz Storani, Claudia Bertero, Daniel Faiman, Elsa Giraldez, Estela Donadio, Graciela Ravazzola, Lila Daviña, María Elena Kessler, Marta Berrón, Martha Bolsi, Miguel Barrios, Ricardo Rivero, Rosa Novillo, Silvia Catorano, Susana García y Susana Teves.

Oportunidades como esta, que demuestran lo tanto que desde la Universidad hay por hacer y ofrecer para un buen envejecer, se celebran y agradecen profundamente.

Noviembre, 2025.

**María Inés
IACOMETTI**

Coordinadora del
Taller "Contándonos"

**Sofía Clarisa
MARZIONI**

Coordinadora del Proyecto Institucional
sobre Personas Mayores

estros brazos. ¡Volvete a
me, dueme! regístrate que me
te mi niño! duermete mi am
edado de mi corazón...

¿Seré posaré cuando el mundo
sin luciérnagas?
as últimos noticias nos adn
su extinción. Será quizás el
de algo mucho más grave o
también estamos luchando
e los alejas.
estos polinizando, piens
para el mundo.
Aquellos son la luz que
perder.

Sabores idos

ión - encuent

BEATRIZ STORANI

Hace unos años cuando vendimos la casa de mis padres tuvimos que retirar todo lo que había en ella. Desde muebles, televisor, combinado, roperos, vajilla, hasta los cuadros y fotos colgados en la pared. Así fue como rescaté algunos de estos recuerdos familiares de la infancia, una foto enmarcada de nuestras vacaciones en familia. Siempre en Córdoba, sobre todo en Capilla del Monte.

Me gusta mucho mirarla. Fotos del sitio conocido como El Zapato, muy frecuentado en aquel entonces. Volví hace dos años, está olvidado, abandonado.

Recuerdo que fotógrafos profesionales trabajaban allí con sus cámaras fotográficas, se ofrecían a sacarnos una foto familiar con el paisaje de las sierras detrás. Estaban acompañados de llamas o burritos, si la familia deseaba podían ser parte de la imagen, era muy común sacarse la foto subido en el burrito. El fotógrafo nos daba instrucciones de cómo debíamos ponernos.

Solían también hacer trucos con efectos ópticos, por ejemplo, podías tener el zapato en tu mano o caerte de la tortuga (una piedra gigante con esa forma) como si existiera un precipicio debajo. Truco que lograba interviniendo la foto, borrando la parte inferior de la piedra. Una vez reveladas y retocadas, las llevaban al hotel donde estábamos alojados.

Miro la foto, las imágenes se han empezado a diluir, van perdiendo nitidez. Originalmente eran fotos en blanco y negro, pero están coloreadas al gusto del fotógrafo. Me gusta mucho recordar esos momentos.

Con mis hermanos, en reuniones familiares, nos emocionamos mucho mirándolas. Sobre todo, nos hace lagrimear el recuerdo de nuestros padres que ya no están.



Qué hermosos recuerdos vienen a mi mente cuando evoco los años en que mi abuela Otilia para cada 25 de mayo, por ser fiesta patria hacía sus exquisitas empanadas criollas.

Era todo un ritual. Una semana antes pasaba por su carnicero de confianza y le pedía que le guardara toda la grasa de pella. Grasa que derretía en una ollita, la colaba, sacaba los chicharrones, la dejaba enfriar y la guardaba.

Los chicharrones iban a parar al pan casero.

Con esa grasa hacía tanto la masa, como el relleno, también la usaba para freír.

Se imaginan qué delicia al morderlas, eran realmente esas empanadas para comerlas con las piernas abiertas. Exquisitas. Muy bien condimentadas con pimentón dulce y comino.

En esas ocasiones, al mediodía, ya todos estábamos alrededor de la olla de freír. Temprano se nos abría el apetito. Y a medida que las iba sacando de la olla, las íbamos comiendo. No había manera de frenar la ansiedad de probarlas.

Mi marido, en aquel entonces mi novio, era fanático de sus empanadas. ¡¡Cómo la adulaba!! ¡¡Le decía que eran las empanadas más ricas que había probado en su vida!! Ella se sentía feliz con su nuevo nieto postizo. Un 25 hasta 11 empanadas se comió.

En una de estas tantas celebraciones por el día de la patria, mi novio no podía venir a horario y dijo que pasaría más tarde. Mi abuela Otilia por supuesto, le guardó una docena de empanadas en una bandeja tapaditas con un repasador, todo muy prolijo.

Cuando llega, un rato bastante más tarde, saluda a todos los presentes y va derecho a la bandeja de empanadas. Cuál no sería su sorpresa cuando levanta el repasador y había solo cascotes debajo de él.

Escondidos, detrás de la puerta, se escuchaban las carcajadas de mis hermanos, sus cuñados, que muy celosos

de las atenciones de mi abuela, las habían hecho desaparecer. Disfruto mucho recordando esas hermosas y cálidas reuniones familiares. Extraño a mi abuela Otilia y sus ricas empanadas.

CLAUDIA BERTERO

El secreto en la bolsa

Y, no, no la bolsa de valores, esos son insondables para mí...

Metí la mano, sin expectativas, solo porque la profe lo dijo, mirando para otro lado o con los ojos cerrados.

Sentí suavidad y frescura, primero pensé en la seda, después pareció lana, oveja, tibieza. Mis manos de niña acariciando la lana rizada de los corderos nacidos pocas semanas antes, la misma suavidad, mayor tibieza.

Pensar en lana, sentir la textura de la lana, imaginar situaciones evocaron las manos de mi madre, siempre con dos agujas, tejiendo. Más difícil era el tejido, más le interesaba, no temía a los desafíos. Era un proceso, elegir el modelo, encontrar la lana adecuada, comprar las madejas (la lana venía en madejas en aquellas épocas), armar los ovillos, hacer la muestra, elegir las agujas adecuadas. Recién entonces empezaba la tarea. Cuadros bicolores

que armaban dameros, ochos y trenzas, calados o sobresalencias, nada la detenía.

Lo resolvía con gracia y belleza.

Mi hermana y yo muy agradecidas, en la adolescencia, por esos pulóveres que causaban sensación.



Olor a estero

Me crié en el campo, entre lagunas y montes espinosos.

“No te dejes más vencer,
al alma hay que darle de comer,
un poco de azúcar del estero,
un poco de risa y caramelos”

Me pregunto qué quiere decir Aristimuño con “azúcar del estero” y recuerdo esos pastizales altos que engordaban la hacienda y tocaba la panza de los caballos, recuerdo el tironeo de las riendas que hacía la yegua que montaba para robar sus succulentas hojas, daban ganas de tirarse sobre ellas. Canutillo, Gramilla flotadora, Pasto cañada. Nosotras también arrancábamos las hojas y chupábamos los cabitos tiernos y dulces, de ahí supongo saca el verso Aristimuño.

Ese verso trajo a mi memoria, antes que el sabor dulce del canutillo, el aroma único de cañadas y esteros, hu-

medales les dicen ahora, habitada por aves, rodeadas de espartillares por el lado del monte y de altos juncos con huevos rosados de caracol por el lado de la laguna. No solo evoca el olor, también los cantos de los pájaros, el mugido de los terneros, el relincho de un caballo.

Lejos, muy lejos, un ruido a motor.

muchas con otras de ella. / he de lo
Dándole flores sin hacer calco ^{alguna}
tra otra y las dibujo como negro
imperfecto y la rapidez con que
y la hermosura del resultado.
Toda teníamos esos trocitos que se
no todo, pero ~~separadamente~~ ^{separadamente} cuando
édico a domicilio y lo ponía sobre
para auxiliar.
dada con rapidez, sin hacer me
y las flores ~~se~~ ^{se} ~~así~~ ^{así} aproximada
los colores.

que quedaban más hermosas eran
he en fino linón. Yo no las to
repare. Alguien se las debe haber
eran muchas y sólo quedan unas
és gruesa. En la s' Traigo
buena jueve marcó mi infancia
Quien los veía los deseaba
mente resalaba.

muy bien también, pero sólo
no cuadro. En un libro que
ce, he poseen lectora un
y flores list.

DANIEL FAIMAN

Tuve que pensar mucho hasta encontrarlo, pero hurgando entre esas neuronas medio gastadas por el tiempo, apareció. Traerlo a la actualidad costó, pero lo logré. Un ruido que tocó mi infancia: El ruido de la lluvia sobre las chapas de zinc.

Pero no era el ruido en sí, sino la sensación de protección que daba ese humilde techo.

Afuera, las gotas caían violentamente, y explotaban con toda su fuerza contra esa chapa. Una, cien, miles, provocaban ese estruendo inconfundible.

Gritando para que nuestras voces superen ese ruido atronador, jugábamos con mis hermanos. A salvo del caos exterior, bajo la protección imaginaria que un niño inocente creía totalmente real.



Mi tía Frida cocinaba como los dioses (en realidad, si los dioses cocinarían, tranquilamente podrían haber aprendido de ella). Su marido, el tío Ramón, era un santo: jamás lo vi enojado, nunca un insulto, una frase subida de tono, un comentario desubicado. Y su casa de Guadalupe era una especie de Paraíso terrenal. Siempre pulcra e impecable, ordenada, como si la hubieran seleccionado para un comercial de productos de limpieza.

Esa casa siempre olía bien. Tengo muy presentes en mi mente esos aromas que emanaban de sus paredes, sus muebles, sus ropas, pero sobre todo... sus comidas.

Nosotros (mis dos hermanos y yo), incipientes adolescentes, pasábamos a visitarlos casi a diario cuando volvíamos del club que estaba cerca de su casa. La adorable Frida nos recibía con cariño, pero además nos servía una merienda espectacular, con tremendos sandwiches y leche chocolatada, que saciaban el hambre de tantas actividades juveniles que hacíamos diariamente.

A veces, cuando no había obligaciones al día siguiente, nos quedábamos a dormir. No alcanzábamos a digerir la merienda, y llegaba la cena. Frida se lucía con matambre casero arrollado, empanadas de pollo, milanesas (no sé por qué eran distintas a las demás, pero lo eran, sin ninguna duda), papas y cornalitos fritos; coronando de postre con exquisitas tortas de nuez y azúcar negra, o de chocolate y cobertura. Y mucho más. Realmente vivíamos en un mundo ideal.

Una de esas veces, después de reventar con la merienda y la cena, vaciamos nuestra panza durante la noche para

disfrutar de un succulento desayuno, consistente por supuesto en un gran tazón de café con leche y yogures, acompañado de múltiples comestibles.

Mi tío Ramón se levantaba como todas las mañanas, pleno del buen humor que siempre lo caracterizaba. Al solicitar su desayuno a mi tía Frida, ésta abrió la puerta de la heladera y nos gritó enérgicamente:

- ¡¡¡Se comieron todo!!! ¡¡¡Hasta el yogur del tío se tomaron!!!

Desde el dormitorio, el santo tío que nunca se enojaba, exclamó con más resignación que otra cosa: - GRAN PUTAAAAA...

Esta anécdota se recuerda cada vez que nos reunimos con nuestros primos, y nos causa mucha gracia porque tal vez esa fue la única vez que el tío Ramón dijo una palabrota en toda su vida.

el desempeño de algo. y
debemos destacarnos.
hacerlo con entrega y pasión
contré la respuesta: mi
os enseñar. Ponernos en
tende, en despertarle el
investigar, de preguntar
a, de ofrecerle herramientas
flexivo, crítico. Y/g' -
Para q' dude siempre
en él, asombrarlo, en a
rta; cómo movilizar la
ni pequeño espacio,
noches de estudio.

ELSA GIRALDEZ

Hacía calor, pero en la panadería de mi papá el horno trabajaba sin descanso. El aire estaba lleno de ese perfume dulce de manteca, almendras y frutas abrillantadas, que parecían caramelos de colores.

Yo me trepaba a una banqueta para espiar cómo él amasaba con sus fuertes manos y a veces me dejaba probar un trocito de masa, como si me confiara un secreto. Afuera cantaban las chicharras y el aire ardía.

En mi infancia, la Navidad tenía el perfume del verano y el secreto de mi papá panadero. El pan dulce recién horneado llenaba la casa de alegría y en cada bocado aparecía ese toque mágico de agua de azahar, que para mí era el verdadero sabor de la fiesta y de mi familia.

Toque mágico
Pan dulce horneado
Agua de Azahar

Agua de Azahar
Pan dulce y chicharas,
Late mi hogar



Tres huellas silenciosas

Primera huella

La luz se abrió paso como amanecer inesperado, comprendí que había dado a luz no solo a una hija sino una nueva forma de existir.

Segunda Huella

La claridad fue más honda y callada. No irrumpió, sino que se deslizó suavemente, cuidando la fragilidad del momento. Sentí que esa luz no solo iluminaba tu llegada, sino que también me enseñaba a ser más profunda, marcando en mi un surco invisible que aun late en mi corazón.

Tercera huella

Trajo consigo una luz danzante, juguetona y cómplice, llenando las paredes de destellos. Una sonrisa, verdadera, amplia, fuerte se grabó en mi memoria como un tatuaje.

Comprendí que cada hijo, con su propia manera de brillar completa el mapa luminoso de mi vida.

Luz que da vida
Tres huellas en silencio
Sonrisa eterna.

Tres luces laten
Cada una con su brillo
Mi vida entera

se que
contrar
especie de

forario que me regalo
que era valor muy
significado espiritual
entendible porque me
mi mamá
de sus últimos
es, en cierta forma
de mi noche

ESTELA DONADIO

La foto representa mi pueblo natal, con sus calles de tierra en esa época (ahora ya asfaltada). Diecisiete años tenía en ese entonces.

Un rosal hermoso realzaba el frente de mi casa. Se llaman rosas “las siete hermanas”.

Era un día sábado, yo cambiada con mi mejor vestido confeccionado por mi querida madre, esperando con amor y ansiedad a mi novio.

Cuando llegó, decidió sacarme esta foto, aspirando el perfume de una de las rosas.

Un recuerdo que calma mi alma y mi corazón.



ENAGUA DE SEDA

La luna brilla
sobre un cielo oscuro.
Noche encantada
llena de estrellas y algunas fugaces.

La niña, asomada
por la ventana, teje
con ilusión sus sueños.

Se preguntó (¿veré al niño Dios?)
Se hace larga la espera,
un bostezo hace que cierre
la ventana e irse a dormir.

Amanece y al pie de su cama
un paquete la espera,
lo abre con ansiedad,
sus ojos se iluminan.

Con un suave tacto
descubre dentro de la caja
algo que la sorprende mucho
¡Una enagua de seda!

Con alegría se la coloca,
se para en la cama
y mirándose en el espejo
canta y baila repitiendo
Una enagua de seda
Una enagua de seda

GRACIELA RAVAZZOLA

Encajes y glicinas

Camino por las desiertas calles de mi antiguo barrio. Mis pasos resuenan en el silencio, solo escucho el rumor de mis pies al desmenuzar las hojas de los olmos que las han ido perdiendo como yo en esta etapa otoñal de mi vida. Tanto ha cambiado mi querido barrio de casonas antiguas y calles empedradas que ya no se ven niños jugando a la rayuela o haciendo rodar las canicas por las veredas gastadas, ni mujeres sentadas en corro ni los heladeros a la hora de la siesta.

“Dónde quedó mi casa vieja con sus glicinas y el balcón”⁽¹⁾ canturreo mientras busco la calle donde se erigió la casa de mi abuela. Llego, en su solar se levanta una torre, nada queda de ella solo el recuerdo del aroma a las glicinas del patio y la suavidad de los encajes de los cortinados y de aquella jovenzuela que fui y que desde el balcón suspiraba por el rubio muchacho de la otra cuadra.

(1) “A mí no me hablen de tango” letra de José María Contursi.

Me voy. Somos hojas que se marchitan y caen, somos perfumes que quedan en el pasado y delicados encajes que ya no se usan. Es así, la vida pasa y nosotros con ella.



UN CAFÉ

Cae la llovizna sobre la ciudad desierta en un atardecer frío. Soy una turista que recorre las calles empedradas buscando vestigios de un pasado tanguero. He buscado refugio en un pequeño café con mesas y sillas de madera, una barra del mismo material, gastada por el uso. Ventiladores de techo, piso de mosaicos y en el centro del ambiente, un billar; a su alrededor hombres concentrados tratando de meter una bola que les dé el triunfo.

Con grata sorpresa caigo en la cuenta que sin querer he caído en un reducto tanguero de la añorada Buenos Aires, me lo confirma el tango que emana de un Winco en la voz peculiar de Goyeneche “Café la Humedad, billar y reunión...”

El disco se ha acabado. El dueño se acerca a ponerlo nuevamente y me pregunta. ¿Ud. no es de aquí? Le respondo que no y agregó que me encanta el lugar. Él sonríe, le he llamado Café La Humedad ¿no sé si se fijó en el cartel de la puerta? Niego con la cabeza. Él se va.

“Humedad... Llovizna y frío... Mi aliento empaña el vidrio azul del viejo bar...” y el tiempo retrocede... el aro-

ma a caña, vino tinto y ginebra, vahos de alcohol mezclado con el aroma a cigarros llenando el lugar atestado de compadritos y de señoritas de dudosa reputación. El mozo yendo y viniendo y yo sola en un rincón esperándote mientras fumo y bebo una ginebra...

“Soledad de soltería... Son treinta abriles ya cansados de soñar...” Vuelvo a la realidad, en la mesa de al lado se ha sentado un hombre, cabello negro, bigote y cejas pobladas. Mira su reloj y mueve impaciente manos y pies.

“No me pregunten si hace mucho que la espero: un café que ya está frío y hace varios ceniceros. Aunque sé que nunca llega siempre que llueve voy corriendo hasta el café”. Lo observo con disimulo, solo le hace falta un gato que le muerda los cordones y me río en silencio.

Ha parado de lloviznar. Pago la consumición. Me voy. Ya en la puerta, miro hacia atrás y me llevo el billar, el hombre que está solo y espera y el aroma a cigarros y a humedad.

Camino rumbo al centro, chapoteando en los charcos que ha dejado la persistente llovizna.

(Estrofas de Café La humedad de Cacho Castaña)

de las vías. Otras, co-
carras alcanzamos a es-
solos del mequinto mezcle
piden del Tren.
omisos por la calle que hucia
dos cuartos. Exitos y
santomas en la vereda a la
ngolo por proyectaba una ce-
apoco folios. Recopetado
oco. Recostados contra la pa-
recopetados contra la pa-
bueno, misión cumplida - di-
y bueno; Que enojotene
nos callados pensandos
s, ya revivir detalles de la
de en frente. +

LILA DAVIÑA

SUSPIROS

Suspiros de amor, suspiros de agonía, suspiros que me tocan el corazón herido.

Suspiros porque no estás y te pregunto: ¿Por qué la muerte te llevó consigo?

No vale suspirar, pero me ayuda. Te veo en un rincón. Rincón con flores que tus hijas plantaron para sentirte vivo.



BELLEZA

Ese amanecer pude ver los colores del cielo: rojos y dorados.

A lo lejos cantaban los pájaros. Estaba triste, pero igual cantaban los pájaros.

No es posible la tristeza cuando había tanta belleza a mi lado.

1) talento en el
tray:
En mi juventud
así mi de muy tem
dad, a los 4 años
y leí, tenía mi y
gente / pero de los
nuevos, siempre dijo
res hacen lo que te
es muy libre,
no fardes
o el ot

MARÍA ELENA KESSLER

Sabores jugueteando con aromas... Una pizca de sal, bastante pimienta, comino, laurel, cebolla y pimientos rehogados, panceta crujiente y un ingrediente que por ahora mantendré en secreto.

Se trataba de un guiso de lentejas, un domingo de encuentro familiar.

Esta receta se inspiró en una amiga que tenía un restaurante “La Tiburtina”, cerca de Palermo en Buenos Aires. Era una casona que combinaba la elegancia con la calidez de un bodegón.

Una vez que los comensales terminaron la degustación, Alma, la menor de mis nietos con una sonrisa mezcla de ironía y picardía me dijo que las lentejas sabían como a dulce de leche.

A ver, pregunté, quién adivina qué otro sabor se puede nombrar.

De repente Juanito, dijo ¡¡¡chocolate, abuela!!!

Finalmente, el secreto había sido develado. No lo anticipé, porque pensé que podría generar resistencias...



Talentos que me nombran...

Mis talentos van por las calles de los deseos, son mis búsquedas que me llevan a encontrarme con aquellas huellas que de una u otra manera me han marcado. Seguramente se instalaron desde mi infancia y en algún momento asoman, tejen historias, remiten generalmente a vivencias que abrevan en fuentes ligadas a los afectos y a lo colectivo.

Uno de ellos, es la pasión por el canto y la música a través de los cuales encontré otra forma de expresar mis sentimientos. Me acompañaron y lo siguen haciendo, tanto en momentos de pérdidas, ausencias, como de felicidad; la felicidad, ese sentimiento que pone en paréntesis el dolor de la existencia.

La música y el canto estuvieron muy presentes desde mi infancia, mi madre tenía una voz muy bella, con mis hermanos tocábamos la guitarra, participábamos en peñas y cada tanto alguien asomaba por la ventana dando una serenata a la luz de la luna y las estrellas que iluminaban el cielo cordobés... Con mis hijos y nietos seguimos la tradición.

Mi padre era muy desafinado, pero amaba la música, tenía amigos concertistas, personas sencillas y de una sensibilidad especial. En varias ocasiones, antes de inaugurar la temporada en el teatro Rivera Indarte de la ciudad de Córdoba, nos visitaban y deleitaban con su música. Se armaban veladas hasta el amanecer, aún era pequeña, pero son vivencias que acuño cual tesoro imborrable...

1/2025

ESCRIBIR SOBRE COSAS "LOCA"
AMOR

PIEDRA

SA / PEBURIA (CENTRA EN UNA
ARCA MUY

A / BLANCA / GRIS / PLANA / VER
CA / EXTRANJERA (FORA'NEA,

TRA REGIÓN = EXÓTICA)
FONDO / ORILLA / PECES / AN

MARTA BERRÓN

Ellos llegaron con sus ritos, trajes y costumbres... Chasqueando sus dedos, batiendo palmas, moviendo sus cabezas y caderas con elegancia y firmeza, ondulando los brazos, zapateando arrogantes y moviendo sus manos cual mariposas...

Alrededor de la fogata, comieron, bebieron y bailaron. Después fueron a buscar los objetos que les permitían viajar por los diferentes caminos.

En cada carromato, mercaderías distintas, formas y colores a granel.

Por un momento, la lúgubre pulpería se iluminó.

Los parroquianos siguieron con su anís, su ginebra, su caña con ruda. Algunos desde su mesa, miraban con desconfianza.

Padre e hija, salieron del mostrador, para dirigirse, curiosos, junto al grupo de gitanos, apostados en la calle, frente a su negocio, formando el círculo tribal.

Baúles repletos con ropa, libros, calzado, adornos de todo tipo...

Su padre dispuesto a complacerla con cualquiera de esos objetos...

Pero a la niña, solo la deslumbró un dibujo seguramente infantil, que estaba como tirado, abandonado, despreciado, debajo de blusas y polleras con grandes volados, bordadas con lentejuelas y canutillos.

Pero ese dibujo naif, colmaba su expectativa.
-Solo quiero eso, padre.

El la miró extrañado, mientras quien tenía a su cargo, la venta de esas mercaderías, se acercó y le dijo:
-Es mi regalo, te lo mereces por ayudar a tu padre.
Los ojos de Lucía, ese su nombre, brillaron de felicidad, agradeció y dijo que colgaría en su pieza esa obra.

La siguió mirando, era:

“Un niño sonriendo, con su perro junto a una ventana, por donde observaban un amanecer soleado y un río, rodeado de árboles, que extendían sus ramas, para abrazarlos”.



Mi coneja de Peluche es uno de mis recuerdos más amados, especialmente el roce suave de sus largas orejas sobre mis mejillas cada noche para un dulce sueño.

Sonrisa se mudó, después, en una gran caja de cartón junto a otros juguetes para alegrar y acariciar a otros niños en un hospital.

Pero algo que siguió viviendo conmigo en distintas etapas, más allá de mi infancia fue un almohadoncito de terciopelo bordado con grandes flores y, en el centro la carita sonriente de un gatito gris.

Fue el regalo, hecho por sus manos, de mi tía Belkys a los 9 años.

Él era parte de mi cuerpo: hacía de asiento, sobre la gran alfombra del living, donde nos reuníamos con los primos y amiguitos a jugar. Allí desfilaban cartas, lotería, la oca, las damas y ajedrez.

Era extensión de mi espalda cuando hacía de respaldar en el sillón de la abuela, o en mi cama, así, como tapa orejas o tapaojos cuando algo podía molestar a mis sentidos, también para hacer mullido el asiento de la hamaca, y era, además, la continuidad de mi gata Catalina cuando ella se recostaba a su lado.

Ambos, universo de suavidad, entre mis pequeñas manos.

El pelaje de mi gata y el terciopelo del almohadón, regalo inolvidable de tía Belkys, tan bello, dulce y tierno como

su alma se confundían en una especie de lago sereno terso, delicado.

Luego Catalina murió y ese día mis lágrimas reemplazaron su cuerpo, sobre las bellas flores y la cabecita del gatito bordados por mi amada tía.

El tiempo y las mudanzas fueron gastando los hilos y quitando la pelusa del terciopelo, pero en mi mente y mis manos quedó el recuerdo de una brisa suave que visitó mi vida durante años, junto a las risas en los juegos y a los llantos por las partidas. Ese almohadón fue mi grato refugio y confidente.

MARTHA BOLSI

Infancia perfumada

Infancia perfumada de jazmín. Aquel que se enredaba en el patio de la casa de mis abuelos, Sus minúsculas, blancas y fragantes flores, como guirnaldas, adornaban el lugar. Su sombra, era un refugio que nos protegía del cálido sol del verano porteño.

Cada mañana mi habitación amanecía impregnada de jazmín. Parecía que durante la noche guardaba celosamente aquel perfume para ofrecérmelo en cada despertar. Yo inhalaba profundamente aquel aroma en un intento de guardar para mí tanta belleza.

Cuando hoy ese mismo aroma me acaricia, un pedacito de mi memoria me transporta a juegos, figuritas, cuadernos y deberes, leche con chocolate, a veredas con rayuelas y itantos otros! Es el momento en que esa fragancia primigenia, comienza a confundirse con el olor a tostadas recién hechas, a mermelada de naranjas dorándose en el fuego, a sopa de verduras. Son todos esos

aromas que, al igual que las ramas enredadas del jazmín, conforman una trama, se mixturan en una sola, anudándose en mí como huella que echó raíces en mi memoria infantil.



ENTRE TIEMPOS

Intento recuperar una parte de mi infancia reencontrándome con imágenes del pasado. Pero es imposible detener la vida que allí, grandiosa e implacable, decía presente. En un juego de tiempos mi hijo, autor de este recorrido por las calles ceresinas me sostenía en el hoy, mientras mi padre me llevaba, lejos, a mis propias raíces...

Me preguntaba ¿qué fue de aquellas casonas que albergaron tantos sueños, vieron nacer alegrías, cobijaron tristezas? ¿qué fue de sus paredes, testigos de juegos, risas y llantos? ¿y de sus calles, puro polvo y sol? La plaza, sus árboles, la escuela, la vieja estación de trenes, el puente, el hotel y el Almacén de Ramos Generales que en un ayer lejano pertenecieran a mi abuelo, el cine..., todo en el mismo lugar, igual, pero diferentes. Nuestros espacios y afectos, intactos, más allá de las nuevas formas que hoy mostraban. Sus sólidas paredes, amasadas de sueños y trabajo, sostuvieron a nuestros abuelos anidando en ellas a la entrañable familia que acunaron. Hoy las veíamos con los ojos del corazón y los recuerdos.

Allí estábamos, mi padre y yo, recuperando el pasado, hondas raíces que se prolongaban, como jóvenes ramas, en las vivencias compartidas con mi hijo, felices los tres por vivir este presente, conmovidos por las huellas del tiempo.

Caminamos, recordamos, reconocimos lugares y anécdotas, y en un maravilloso viaje de ida y vuelta, el ayer y el hoy se fundían en imágenes reconocibles.

Los recuerdos construyen nuestro presente, y en su devenir vamos armando nuestra propia historia.

PD: agradezco a mi hijo y a mi padre, dos maravillosas personas que hoy no están a mi lado, este emotivo e inolvidable viaje que habitará por siempre en mi memoria.

Los padres me dijeron y mi padre me
dijo Comunista, evan-
gelista, me Socio diario de
los y me impedia volver
sobre temas políticos
tolerantes. Siendo
existente Social, como
club que me gusta
he como, lo
un colega.

MIGUEL BARRIOS

Los rulos de mi nieto... son motivo de placer y emoción muy grande, esos rulos de mi pequeño nieto, cuando se acerca y con esa vocecita tan dulce para mis oídos, me pregunta: Lelo ¿vamos a trabajar?

Aclaro que el significado de esa pregunta realizada de manera interesada es para que le encienda la pantalla del ordenador para ver dibujos. No me puedo resistir a “eso”, solo trato de ponerle límites de tiempo. Pero bueno allí comienza otra historia...



En relación al escrito de Zulma Molaro “Benditas las manos de mi padre, era carpintero, lustraba corazones”. Escribí: Solo quisiera, como aprendiz de carpintería, que un poco, solo un poco, aunque sea, pudiera ser tras-

mitido a las nuevas generaciones, a los hijos, los nietos,
sobre esta noble tarea de lustrar corazones en la vida.

RICARDO RIVERO

Inspirado en algunas expresiones de Oscar Agú y su libro “Resonancias del oficio”

“Uno mismo es una caja de sorpresas. El poema es siempre un desnudo de sensaciones, imágenes, deseos, estados”.

¿Será el cuento anhelo de verso tras verso?

¿Alguna voz-poema que junte de la mano esas infinitas sensaciones y traspase la piel desnuda?

Sea piel protectora, de sangre, huesos
y átomos

Lo veremos como un estado líquido
que atraviese

barreras
nebulosas
espinas
y cielos



Una voz me llegaba de tiempos de infancias, primero de madre, claras, de abrazos; luego las del hogar acogedor, fraterno.

Se sucederán los días generando más ternura.

Desde allá afuera otras voces traspasan puertas y muros. El discurrir cotidiano de la vida llamando con otras de máquinas y vehículos.

ROSA NOVILLO

Mi tía María fue mi eterno refugio cuando era niña...

En su casa había un brasero, un arcón muy antiguo, coloridas mantas con muchas historias.

Por las tardes disfrutábamos del café con leche, la merienda más rica de toda mi vida... Recuerdo los tazones blancos, grandes, fuertes, poderosos...

Ella despertaba mi imaginación con sus relatos mágicos. Me hablaba de los días en su tierra tan lejana.

Ya había transcurrido mucho tiempo y creo que mi tía comenzaba a inventar recuerdos para mi permanente asombro.

Me gustaba especialmente cuando narraba sobre su larguísimo viaje en barco, junto a su numerosa familia. No me cansaba de escucharla.

En esas tardes hermosas, la habitación se poblaba de gente que hablaba en diferentes idiomas, cantaba, reía, bailaba...

Luego, el dulce aroma del café nos traía a la realidad y por la ventana pronto veíamos desaparecer la tarde, porque el sol, con su túnica roja, nos hacía un guiño y nos saludaba antes de irse a dormir.

Sin darme cuenta, con mi tía aprendí a soñar...



Reencuentro

Me reencuentro con palabras, con historias, con gente amable y amorosa.

Una pausa de muchos años y una postergación de placeres y vivencias que creí que no volverían...

La vida a veces nos sorprende, solo hay que estar atentos y saber responder a sus invitaciones...

Es así, que de a poco, con mucha timidez, venciendo inseguridades y también ahuyentando a algunos demonios alojados en mí, empecé a reencontrarme con lo que creí que había perdido... La palabra.

Con ella llegó gente maravillosa, gente buena, gente sanadora...

Pensé que era una utopía, pero no, de a poco veo que es una ¡¡¡fantástica realidad!!!

SILVIA CATORANO

Inspirada en algunas expresiones de Sara Nadalutti y su libro “La muerte del hombre simple”.

Cada día, cada paso, cada esfuerzo y hoy sí, paro y suelto, percibo el aroma del café en la mañana, bajo la ducha canto, y al salir, camino, observo los pájaros, los árboles, la gente que no puede detenerse por su trabajar, por su andar, solo, así, en lo cotidiano, más que en mi alma, me quiero encontrar.



Concierto

Llena de ilusión me abro a la vida y como en un concierto de sonidos de violines, la música.

Me dejo llevar, escucho, respiro, todo esto me motiva, me transporta a un escenario sin igual...

Y así está mi vida... Llena de conciertos.

Se fragua
Se brasa
en la brasa
la ventosa

2000

SUSANA GARCÍA

Una suave brisa, prometedora de lejanas realidades, se cuela por la ventana entreabierta para abrazar el dolor de mi espíritu, traspasado por la tristeza, y se hacen verdad los nostálgicos ojos de los inundados.

iiiY es que resulta muy profundo el olor que dejó la inundación en los corazones y en las mentes desprevenidas e incrédulas!!! iiiY lo experimentamos todos!!!

Porque la pena ajena duele a todos, y ese dolor compartido, que lo envuelve todo, involucra también reacciones de mi gata que, notando mi desazón, se yergue frente a mí como una diva, dueña de elegir ser abrazada también por la suave brisa prometedora de lejanas realidades, que se cuela por la ventana entreabierta...



Una nostálgica tarde, recordando la casa de los abuelos, me preguntaba qué quisiera rescatar... El ventanal... Tal vez fuera ese ventanal, que no solo aportaba claridad a la estancia, sino que se ofrecía como una pantalla generosa donde se reflejaba el paso inexorable del tiempo, las frías mañanas del invierno, o las tórridas tardes del verano; esas hojas al viento del otoño, o la prometedora algarraba de la esperada ¡¡¡primavera!!!

Tal vez fueran esos libros..., tantos libros que desafiaban invitando a transitar por interminables historias para ser contadas y escuchadas con religiosa atención.

Tal vez fuera esa alfombra gris que amortiguaba los pasos sobre el piso de madera, dándoles sonidos lejanos y ¡¡¡misteriosos!!!

Tal vez esas plantas que regalaban su impronta de verdor y frescura para dar más calidez al espacio. Tal vez... ¡¡¡No!!! ¡¡¡Tal vez, no!!! Era ese viejo y confortable sillón donde se turnaban, abuela y abuelo desde abajo de una montaña ruidosa de nietos entusiasmados por participar en largas y aleccionadoras charlas, o en atrapantes lecturas cuya misión era abrir mentes y anidar en corazones ávidos de atesorar nuevas vivencias y enriquecedoras experiencias. Sí..., era ese sillón, su suavidad convocando mis caricias, cuando lo recorría con mis manos de niña soñadora... Sí, la suavidad de ese sillón, el que al mando de los abuelos podía transformarse en el más codiciado baúl de valiosos tesoros o en la más alocada nave espacial, dispuesta a partir apenas todos estuvieran en sus asientos...

¡¡¡La suavidad del sillón de los abuelos!!!

SUSANA TEVES

El recuerdo de mi infancia y los aromas, me remonta a mi abuela, ella era oriunda de Santiago del Estero y cada tanto íbamos a visitarla. Me acuerdo que a mis hermanos y a mí, nos cocinaba mazamorra en las ollas de hierro, pero en el fuego con leña. Su aroma se asemejaba mucho a lo dulce ya que le ponía canela y eso le daba un sabor especial.

Qué especiales son los recuerdos de las abuelas, acordarte de tu infancia y sentirlas presentes.



El sonido de mi infancia: La chicharra

Verano del 75. Viajo por los recuerdos: vienen momentos, anécdotas, risas y encuentros.

En el campo, ese sonido sigue perdurando. Juego a atrapar el sonido de la chicharra.

Por la noche se hace más presente, cerca de los árboles. Pienso como si fuera ayer, lo recuerdo con cariño porque me hace acordar lo vivido.